

Motivaciones

El fundamento de la vida cristiana está en sabernos hijos de Dios. La filiación divina da sentido a toda nuestra espiritualidad y a nuestro compromiso apostólico. La encarnación del Verbo nos introduce en la vida íntima de Dios, haciéndonos pertenecer a su familia, a la gran familia de los hijos de Dios, que formamos todos los bautizados.

San Juan es el teólogo de la paternidad divina, y se le llena el corazón de alegría al exclamar: ¡somos hijos de Dios! El hombre no anda perdido, abandonado, solo. Dios es nuestro Padre, ha querido hacernos hijos suyos, no por los méritos que nosotros podamos presentarle, sino gratuitamente, por puro acto de amor. ¡Somos hijos de Dios! El Señor nos ha adoptado, pero no al modo de la adopción jurídica humana. Es realmente nuestro Padre porque al adoptarnos nos ha dado su naturaleza, nos ha dado la gracia.

La vida del cristiano, hijo de Dios, se transforma en algo nuevo, distinto. Su vida cobra un sentido maravilloso, el de la participación en la vida de Cristo. Se adquiere una visión nueva de la realidad en la que nos movemos: la visión sobrenatural de la vida, de los acontecimientos, que se convierten, incluso en sus realidades más pequeñas, en motivo de encuentro con Dios, en oración.

Sabernos hijos de Dios nos da una profunda confianza. No tememos a nadie ni a nada: si Dios está conmigo, ¿quién contra mí? Confianza porque sé que Dios no puede permitir que un hijo suyo salga perjudicado. Incluso la prueba, el dolor, la enfermedad, se nos

presentan como una bendición que nos ayuda a crecer como personas y como cristianos.

La filiación divina nos hace vivir con verdadera alegría, que ya no es la alegría del hombre que tiene todas las necesidades cubiertas, sino la alegría profunda que da el saber que Dios no es un ser lejano, ajeno a la vida de los hombres y, en concreto, la mía, sino que me ama hasta el punto de haberme creado y, desde toda la eternidad, haberme elegido y hecho hijo suyo. Deseamos que el trabajo con el presente temario te ayude a profundizar en el hecho de tu filiación divina y, lleno de asombro y alegría, puedas exclamar: ¡Dios es mi Padre!